



THE PURGE: EL SUEÑO americano MONS- PRODUCE TRUOS

ROBERTO BOLAÑOS GODOY, “DARÍO D.”
Profesor de la UAA

La dinámica capitalista de Estados Unidos tal como la conocemos actualmente depende, en gran medida, de la industria armamentística. Durante la Segunda Guerra Mundial, el país creció económicamente gracias a la producción de armamento y suministros para el ejército; además de que su presencia internacional se intensificó como nunca antes. Su producto interno bruto se multiplicó y se transformó en el país no sólo más próspero sino en el de mayor hegemonía económica: su influencia se volvió global.

El capitalismo sólo puede sostenerse verdaderamente con la industria de la guerra y la violencia (*capitalismo gore*, le ha llamado la filósofa y feminista Sayak Valencia). Tras la victoria en la Segunda Guerra Mundial, el Imperio descubrió que la prosperidad podía ser asegurada si se mantenía el flujo continuo de producción bélica: en equipo, tecnología y derechos civiles proarmamentísticos. Sobre todo con un discurso unificador; las guerras más recientes de Estados Unidos han sido producto de un discurso compacto promovido por su gobierno, uno con énfasis en el miedo y en la desmoralización o incertidumbre nacional. Ha escrito al respecto el escritor peruano Santiago Roncagliolo:

El concepto fundamental de la cultura americana es el terror. Decenas de miles de personas mueren cada año por arma de fuego, pero la población se niega a controlar las armas, porque temen se quede con la suya justo el psicópata de su vecindario. El gasto militar de Estados Unidos es el mayor del mundo, y supera al de los siguientes diez países de la lista sumados [...] Los norteamericanos temieron primero a los comunistas; luego, a los narcotraficantes, y ahora, a los musulmanes, y en cada etapa invadieron distintos países y rodaron distintas películas al respecto. Es el país más religioso de Occidente, es decir, el que más teme a la muerte. La política, la vida y el entretenimiento están teñidos de pánico, empapados en miedo (“Yo sé quién no ganará el Nobel”, *El País Semanal*, 22 de septiembre de 2013).

Considerando que el gobierno estadounidense promueve este mismo discurso de miedo, que deviene, a su vez, en discurso pro-violencia, éste se ha vuelto eje fundamental, no sólo de su política interior y exterior, sino también la base de un ideario nacionalista que tiene a las armas, al miedo y a la violencia como trinidad simbólica de identidad.

En este contexto, la trascendencia de un filme como “The Purge” (James DeMonaco, 2013), se basa en el hecho de que aunque su premisa es altamente improbable (por tratarse de una posibilidad por demás extrema y enfermiza), resulta a la vez inquietantemente verosímil. Sería la tormenta perfecta de un país como Estados Unidos, y un destino imposible de imaginar para cualquier otra nación.



Un mundo FORMAL
Macarena Ramírez



El planteamiento de la película, como el de toda propuesta de ficción especulativa, bien puede sintetizarse en unas cuantas líneas; ya que es meramente un pretexto para explorar un aspecto (por lo general oscuro) de la naturaleza humana. En el año 2022, nos plantea el filme, la tasa de desempleo, el crimen y la inestabilidad social son historia. La película comienza con vídeos de cámaras de vigilancia de distintos puntos de los Estados Unidos, a distintas horas de la noche del 21 de marzo y la madrugada del 22. Son vídeos de actos violentos ocurridos en las calles. Asesinatos a sangre fría. La historia cuenta que, desde el año 2017, los “Nuevos Padres de la Patria” instauraron la despenalización del asesinato durante esa noche: de las 7 pm del 21 a las 7 am del 22 de marzo. En ese lapso, todo acto criminal está permitido, y los servicios de salud, vigilancia y seguridad se suspenden. Cualquiera puede asesinar sin temer castigo alguno. La “depuración anual” permite a los ciudadanos liberar a la “bestia interior” en esas doce horas eternas en que el Estado existe pero se mantiene ausente.

Como toda historia memorable de ficción especulativa (que no ciencia ficción, pues no es lo mismo), la trama tiene de fondo un argumento de orden político, y una postura fuertemente crítica.

“The Purge” no es un filme técnicamente impresionante, además carece, en general, de actuaciones trascendentales, y su guión expone un conflicto que se apoya demasiado en la violencia explícita, antes que en los problemas éticos a los que innegablemente deberían enfrentarse los personajes (quizá porque la película se ubica casi inclasificable y ambiciosamente entre la ficción distópica, el suspenso, el *thriller*, y no alcanza a consolidarse en ningún género). En síntesis, los problemas comienzan cuando la familia Sandin, protagonista de la historia, se ve asediada en su propia casa por un grupo de psicópatas, quienes persiguen a un misterioso hombre que logra refugiarse en su hogar, al despertar éste la compasión del hijo menor, Charlie Sandin, justo cuando ya ha comenzado la depuración.

Conforme la trama se desarrolla, se presenta una serie de discursos tangenciales verdaderamente interesantes, por ejemplo: las voces disidentes en la radio que expresan su descontento sobre ese día (los pobres no pueden protegerse ni costear los sofisticados sistemas de seguridad a la venta, por lo que se convierten en blanco fácil); o el criminólogo en la televisión que justifica la versión oficial sobre esa noche: permitir a los ciudadanos liberar sus más bestiales instintos volvería a la nación socialmente estable tras la catarsis que significa poder delinquir, robar, violar o asesinar libremente, durante doce horas; la postura detractora presentada como teoría de la conspiración (la depuración le sirve al gobierno para deshacerse de los miembros improductivos de la sociedad); o las constantes referencias a esos “Nuevos Padres de la Patria”, a quienes se menciona muchas veces pero que ignoramos si verdaderamente se trate de representantes democráticos, en el sentido tradicional del liberalismo republicano (que es uno de los pilares de Estados Unidos como nación y como símbolo autoproclamado de libertad, tal como hoy lo conocemos y concebimos).

Debo decir, sin embargo, que durante el desarrollo de la trama hay algunos traspies argumentales que le restan verosimilitud, y con ello merman su solvencia narrativa. Por ejemplo, las razones de Henry, el novio de Zoey Sandin, para intentar asesinar a su padre, James Sandin; o los motivos de los vecinos para intervenir en el clímax final del conflicto no sólo son infantiles (por no decir ingenuos, nada inteligentes o poco profundos en lo psicológico), sino que dan una resolución demasiado rebuscada y muy poco verosímil. Pese a eso, la metáfora general de la película resulta poderosa: hoy es el derecho a tener un arma en Estados Unidos,



mañana podría ser el derecho a tener una noche para matar. La devoción por las armas, la constante vindicación oficial de la violencia, el miedo encarnado en “ataque preventivo”, en venganza, en el supuesto derecho sobre otros individuos cosificados y deshumanizados, han sido una constante del discurso norteamericano. También han significado la decadencia moral de Estados Unidos. La consecuencia última del imperio más violento que ha visto la humanidad en toda su historia.

Para nuestra sorpresa, ésta es una película terriblemente pesimista para el estándar de Hollywood: si para el 2022 todos los personajes que justifican la depuración tienen alrededor de cuarenta años, tal como la pareja de protagonistas, James y Mary Sandin, significa que nacieron a partir de 1980, y no deja de inquietarme el hecho de que se trate de personas de mi propia generación, proyectadas hacia el futuro. El mensaje es éste: no parece que vayamos a tener remedio a corto plazo y, al contrario, quizá hasta nos inclinemos más por la violencia social; que un día, los norteamericanos nacidos en mi generación esgriman el ominoso “liberar a la bestia” como eufemismo cínico para justificar un patriotismo por completo inmoral e inhumano.

He dicho que la historia es un mero pretexto, pero no puedo evitar pensar en las innumerables variantes que este concepto argumental puede generar. Al día en que escribo este texto se ha anunciado (y tal vez para cuando este ensayo se publique, ya se haya lanzado) su secuela, que explorará las variantes del horror, pero como espectáculo de violencia. No será, desafortunadamente, me temo, una problematización de tipo ético, puesto que no parece ser prioridad para los realizadores.

Al reflexionar sobre este filme pienso inevitablemente en otro que comenzó problematizando la venganza y la violencia, y que terminó siendo mero espectáculo gratuito de atrocidades: la primera parte de la serie de “Saw” (James Wan, 2004). En “The Purge”, como en la *Saw* original, no existe un esteticismo o exploración paroxística de la violencia, pero por tratarse de una primicia tan seductora como para hacer secuelas, muy probablemente en eso se convertirá “The Purge”, tal como le sucedió a “Saw” con sus respectivas secuelas: una franquicia que elevará hasta quién sabe qué grados nuestra capacidad para ser observadores de la violencia y tolerarla, para ser anestesiados por ella, y necesitar de una dosis cada vez mayor para poder dimensionarla.

Sospecho que mi fascinación por esta película radica en que condensa una idea que, lo confieso, desde hace un tiempo me obsesiona porque me aterroriza: el que el fin pueda justificar los medios. El que, justo como lo muestra el filme, la economía prospere en medio del baño de sangre e importe más lo primero que lo segundo, ¿por qué me parece tan familiar, tan fiel a las prioridades de este mundo terriblemente equivocado?